

Premio FIL
de Literatura

**Carlos
Monsiváis**

2006

Premio FIL
de Literatura

■ **Carlos Monsiváis**
2006



José Trinidad Padilla López
RECTOR GENERAL

Raúl Vargas López
VICERECTOR EJECUTIVO

Carlos Jorge Briseño Torres
SECRETARIO GENERAL

Dulce María Zúñiga
DIRECTORA DE LA ASOCIACIÓN CIVIL DEL
PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

José Alfredo Peña Ramos
DIRECTOR GENERAL DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Lourdes Elizabeth Parga Jiménez
SECRETARIA ACADÉMICA DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Elvia Rosa Velasco Covarrubias
COORDINADORA DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Gustavo A. Cárdenas Cutiño
COORDINADOR GENERAL ADMINISTRATIVO

José Antonio Ibarra Cervantes
DIRECTOR GENERAL DEL CORPORATIVO
DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

Raúl Padilla López
PRESIDENTE DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Nubia Edith Macías Navarro
DIRECTORA DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Sayri Karp Mitastein
DIRECTORA DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Cuidado editorial:
Jorge Orendáin

Diseño de portada e interiores:
Claire Castillo Montenegro

Formación y tipografía:
Sol Ortega Ruelas

Caricatura:
Jorge Salazar (Jors)

Fotografías:
Francisco Quirarte

© Instituciones: Juan Gabriel (fragmento), Guillermo
Cabrera Infante: "La dejé hablar así na ma que pa dale
coldel...", "Que no, que cuidate", Matricidio, filicidio,
Aforismos de lo políticamente correcto; Carlos Monsiváis.

Primera edición, 2006

D. R. © 2006, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
Francisco Rojas González 131
Colonia Ladrón de Guevara
44600, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 970 27 1059 6
Universidad de Guadalajara

ALFAGUARA

D. R. © 2006, Santillana Ediciones Generales,
S. A. de C. V.

Av. Universidad 767
Colonia del Valle
03100, México, D.F.
www.alfaguara.com.mx

ISBN

Noviembre de 2006



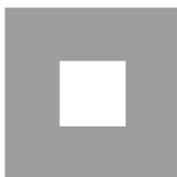
Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL
de Literatura

**Carlos
Monsiváis**

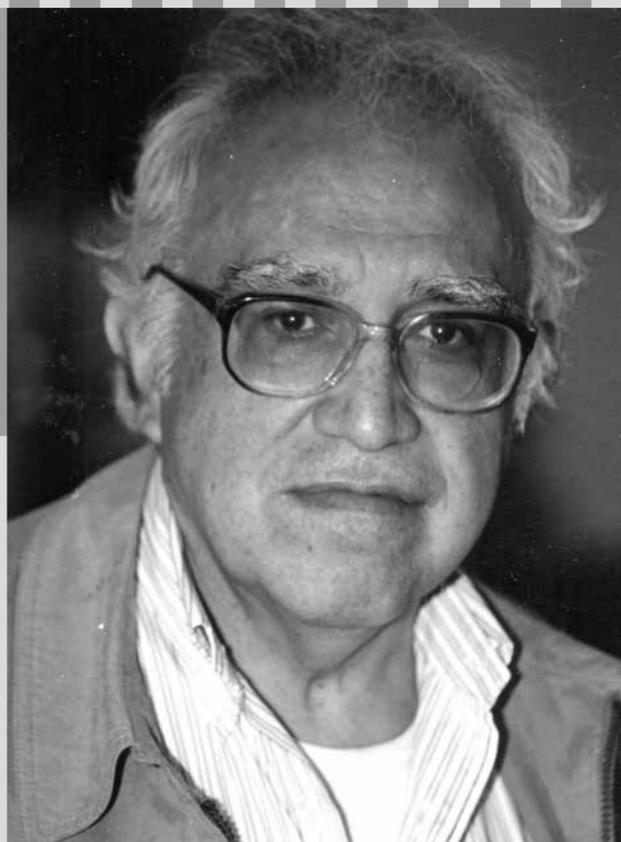
2006





Índice

- 7** Premio FIL de Literatura
- 11** Carlos Monsiváis
- 15** Instantáneas hacia un cronista
Juan Villoro
- 21** Doce notas para mil y un velorios
Juan Felipe Cobián Esquivel
- 27** *Aires de familia*: el rompecabezas
irónico de la pluralidad
Luis Alberto Pérez Amezcua
- 35** Obra
Carlos Monsiváis





Premio FIL de Literatura

El Premio de FIL de Literatura nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento que otorga Latinoamérica a los escritores cuya lengua de expresión artística sea el español, así como aquellos que utilizan otras lenguas de la zona: portugués, francés o inglés. Sus objetivos son promover, estimular, reconocer y difundir la creación literaria de autores latinoamericanos, del Caribe y de la Península Ibérica, cualquiera que sea su idioma y filiación cultural.

El Premio FIL de Literatura consiste en cien mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, librerías, críticos y escritores.

La Asociación Civil del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara

- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.



Premio de Literatura Latinoamericana
y del Caribe Juan Rulfo

ACTA RESOLUTIVA DEL XVI PREMIO DE LITERATURA
LATINOAMERICANA Y DEL "CARIBE JUAN RULFO" 2006

El día 1° de septiembre de 2006, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, se reunió el jurado calificador de la XVI edición del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, correspondiente al 2006, integrado por José Luis Martínez, de México; Cecilia García Huidobro, de Chile; Beatriz Pastor, de España; Seymour Menton, de Estados Unidos; Jorge Urrutia, de España; Gonzalo Celorio, de México; Julio Ortega, de Perú; y Sergio Pitlor, de México. Habiendo examinado las candidaturas presentadas al Premio así como las propuestas por los miembros del jurado, y tras detallada consideración del significado e impacto de la obra de grandes escritores de nuestras letras latinoamericanas y caribeñas, el jurado decidió, por unanimidad, conceder el galardón al escritor mexicano Carlos Monsiváis.

Carlos Monsiváis (1938), es un crítico cultural, escritor y ensayista, cuya creatividad ha renovado las formas de la crónica periodística, el ensayo literario y el pensamiento contemporáneo de México y América Latina. Monsiváis ha forjado un lenguaje distintivo para representar la riqueza de la cultura popular, el espectáculo de la modernización urbana, los códigos del poder y de las mentalidades. A lo largo de una actividad de 40 años, cuajada en libros como *Días de Guaritar* (1970), *Amor perdido* (1976), *Nuevos catecismos para indios remisos* (1982), *Escenas de poder y livandad* (1988), *Aires de familia* *Cultura y sociedad en América Latina* (2001), ha contribuido con la democratización de la vida cotidiana.

Intelectual, independiente y comprometido, el impacto de su obra se proyecta internacionalmente con estilo innovador y esperanza en la diversidad crítica del diálogo que da forma a la nueva cultura latinoamericana. Monsiváis ha obtenido el Premio Nacional de Periodismo (1978) por sus crónicas; el Premio Xavier Vilaltaudría (1996), el Premio Anagrama de Ensayo (2000) y el Premio Nacional de Ciencias y Artes, en la rama de Lingüística y Literatura (2005), entre otros.

Lerdo de Tijuata 2121, Colonia Americana, Guadalajara, Jal., C.P. 44150,
☎ 36 30 97 87 y 36 30 97 88
dulcesuniga@hotmail.com

Premio de Literatura Latinoamericana
y del Caribe Juan Rulfo

Autor de una obra deslumbrante, Carlos Monsiváis ha sabido combinar, con maestría y calidad literaria excepcional, el rigor crítico con la lucidez de una mirada capaz de ver e interpretar, en cada elemento de la realidad que registra, seña y signo de las complejas negociaciones y opciones que delinean y configuran la realidad humana, política y cultural de nuestro tiempo.


Julio Ortega.


Sergio Pitlor.


Beatriz Pastor.


Cecilia García Huidobro.

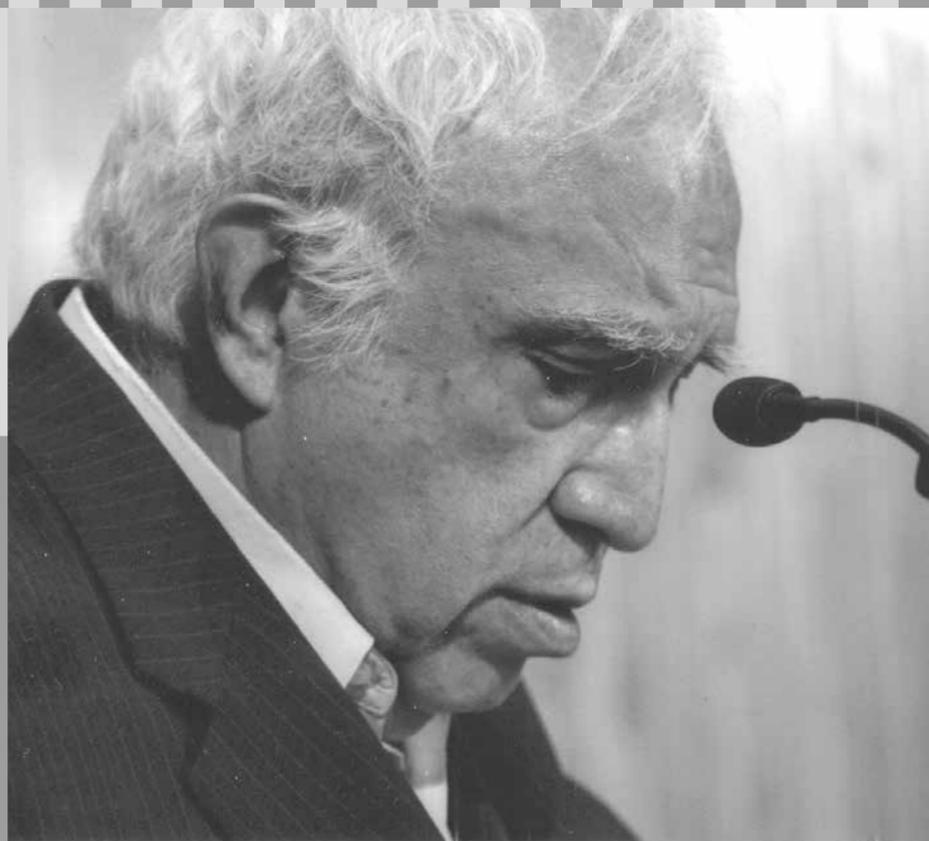

Jorge Urrutia.

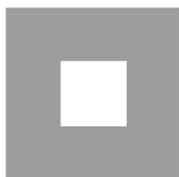

Seymour Menton.

José Luis Martínez y


Gonzalo Celorio.

Lerdo de Tijuata 2121, Colonia Americana, Guadalajara, Jal., C.P. 44150,
☎ 36 30 97 87 y 36 30 97 88
dulcesuniga@hotmail.com





Carlos Monsiváis

Nació en la Ciudad de México, en 1938. Estudió en las facultades de Economía y Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Harvard.

Desde muy joven colaboró en suplementos periodísticos y diarios que posteriormente marcarían el desarrollo del periodismo en el país, como fueron México en la Cultura, de *El Universal*, Futuro y El Gallo Ilustrado, de *El Día*, así como Sucesos para Todos y Política, de *Excélsior*. Además, fue cofundador y colaborador de *Proceso*, *Unomásuno*, *La Jornada* y del suplemento La Cultura en México, de la revista *Siempre!*, donde fue director de 1972 a 1982. También fue director de la colección Voz Viva de México, de la UNAM.

Por otra parte, Monsiváis ha sido investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y conferencista en innumerables universidades latinoamericanas y estadounidenses.

El jurado de este premio consideró que la obra de Monsiváis ha renovado las formas de la crónica periodística, el ensayo literario y el pensamiento contemporáneo de México y América Latina, y que ha forjado un lenguaje distintivo para representar la riqueza de la cultura popular, el espectáculo de la modernización urbana, los códigos del poder y las mentalidades.

OBRA PUBLICADA

Antología

- *La poesía mexicana del siglo XX* (1966).
- *La poesía mexicana II, 1914-1979* (1979).

- *A ustedes les consta* (1980)
- *Lo fugitivo permanece* (1984)
- *La poesía mexicana III* (1985)
- *Lo fugitivo permanece. 20 cuentos mexicanos* (1990)

Biografía

- *Los narradores ante el público* (en colaboración) (1969)
- *Robert Lowell* (1970)
- *María Izquierdo* (1986)
- *Yo te bendigo vida* (1992)

Crónica

- *Principados y potestades* (1969)
- *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México* (1978)
- *Días de guardar* (1970)
- *Amor perdido* (1977)
- *El desafío mexicano* (coautor) (1982)
- *A la mitad del túnel* (1983)
- *Celia Montalván (te brindas voluptuosa e impudente)* (1983)
- *De qué se ríe el licenciado (una crítica de los 40)* (1984)
- *Diego Rivera hoy* (colectivo) (1986)
- *Jorge Cuesta* (1986)
- *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (1987)
- *Escenas de pudor y liviandad* (1988)
- *Los mil y un velorios* (1994)
- *Luneta y galería (Atmósferas de la capital 1920-1959)* (1994)
- *A través del espejo (El cine mexicano y su público)* (1994)
- *Los rituales del caos* (1995)
- *México postcard* (1997)
- *"No sin nosotros": los días del terremoto* (2005)

Cuento

- *Nuevo catecismo para indios remisos* (1982)

Ensayo

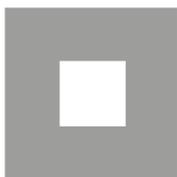
- *Características de la cultura nacional* (1969)
- "En torno a la cultura nacional", en *Historia General de México* (1976)
- *Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985* (en colaboración con José Joaquín Blanco, Carlos San Juan y Luis Barjau) (1988)
- *Frida Kahlo. Una vida, una obra* (en colaboración con Rafael Vásquez Bayod) (1992)
- *Por mi madre, bohemios* (1993)
- *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX* (1993)
- *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina* (2000)
- *Tiempo de saber. Prensa y poder en México* (en coautoría con Julio Scherer García) (2003)

Premios y reconocimientos

- Doctorado *honoris causa*, Universidad de Sinaloa.
- Premio Nacional de Periodismo (1978)
- Premio Jorge Cuesta (1986)
- Premio Mazatlán (1988)
- Homenaje Nacional al Periodismo Cultural Fernando Benítez (1993)
- Premio de Periodismo del Club de Periodistas (1994)
- Primer Premio Nacional de Periodismo Club de Periodistas de México (1995)
- Premio Xavier Villaurrutia (1995)

- Doctorado *honoris Causa*, Universidad Autónoma Metropolitana (1995)
- Premio Anagrama de Ensayo (2000)
- Premio Cultura y Sociedad en América Latina (2000)
- Premio Nacional de Ciencias y Artes (2006)





Instantáneas hacia un cronista

Juan Villoro

“Aquí estuvo C. M.”

Cuando un cronista mexicano tiene el atrevimiento y el rigor de consultar lo que se ha escrito antes sobre el tema del que pretende escribir, constata que alguien se le adelantó. Carlos Monsiváis es el turista japonés de los tiempos que nos constan: ya tomó todas las fotos y ya probó todos los platos típicos.

Desde 1954, cuando escribió sobre un asunto entonces iconoclasta, la música de Bola de Nieve, ha abarcado una enciclopedia de predilecciones, vinculando lo culto y lo popular, lo vernáculo y lo cosmopolita, la patria íntima de la poesía y la convulsa realidad donde los políticos fugaces tratan de eternizar sus lugares comunes.

Nadie ha leído su producción entera por la sencilla razón de que no se ha reunido. Velocista de la prosa, Monsiváis carece de vocación para verse a sí mismo como protagonista literario. Colecciona caricaturas, grabados, libros, películas y gatos pero detesta ser museógrafo de sus manuscritos. Este genuino desinterés lo ha convertido en un enigma que está a la vista. Sus artículos son tan ubicuos que en alguna ocasión una revista declaró su originalidad asegurando en la portada que ahí no publicaba Monsiváis. Pero sus colaboraciones para la prensa son sólo una pequeña zona de la galaxia. En el universo en expansión que sale de su escritorio, los prólogos para libros ajenos podrían justificar las obras completas de un autor prolífico. Además, hay que tomar en cuenta una zona intermedia de su escritura, lo que lee en voz alta y jamás publica: las ponencias, los textos de circunstancia e incluso los *sketches* teatrales con los que presenta un libro y luego guarda en un cajón o publica en anales académicos que equivalen a otro cajón. Hace

varios años fui jurado de un concurso que premió su libro *Cinturón de castidad*, sobre cultura y telenovela, pieza maestra que, muy en su estilo, sigue inédita.

En su trato con quienes pretenden publicar sus libros, Monsiváis actúa como el héroe de una *road movie* que huye de una justicia espuria. No es casual que Jorge Herralde, director de Anagrama, haya escrito un texto sobre el esquivo renovador de la crónica con este título: "Busca y captura de Carlos Monsiváis". Ajeno a todo impulso de hacer carrera literaria o cortejar a la posteridad, Monsiváis deja plantados a sus traductores e ignora que existen los agentes. En una ocasión lo vi escapar de un célebre editor inglés porque no quería perderse la exposición de Max Ernst en la Tate Gallery.

De poco sirve recordarle su deber con los lectores o la posibilidad de que sus textos sean reunidos en el futuro con un criterio ajeno al suyo. Alfonso Reyes solía decir que las peores obras completas son las demasiado completas. Para desvelo de muchos de nosotros, Monsiváis no organiza su pasado; sus descomunales energías se concentran en improvisar la eternidad de su presente. Entre la medianoche y las seis de la mañana escribe lo que le interesa, el fértil afán de ese día.

Una fábula se desprende de esta forma de trabajo: Monsiváis ha escrito una biblioteca dispersa que excede la lectura individual; el conjunto de sus palabras sólo puede ser conocido por la tribu, o por una parte significativa de ella. ¿Existe esa comunidad capaz de revisar todas sus páginas?

La obra fragmentaria de Monsiváis prefigura el imán que podrá reunirla. De manera acaso involuntaria, ha puesto en práctica una peculiar estrategia de circulación de sus textos: su dispersión exige una mirada múltiple, necesariamente colectiva. Omnipresente en la vida diaria, Monsiváis ha diferido el conocimiento de conjunto de su obra para la etapa en que sea puesta en relación por los muchos exploradores que amerita. El archipiélago será unido por la lectura común. En su ética del fragmento, el cronista de la cosa pública no pretende ser la voz de todos; al disgregar sus textos, valoriza la importancia colectiva de la lectura, los ojos numerosos que entenderán el dibujo amplio de la obra.

Por ahora, ahí están los títulos imprescindibles: *Días de guardar*, *Amor perdido*, *Escenas de pudor y liviandad*, *Entrada libre*, *Las herencias ocultas*, *Los rituales del caos*, *Aires de familia*, *Nuevo catecismo para indios remisos*, *"No sin nosotros": los días del terremoto*.

Las antologías, las obras en colaboración, los textos para catálogos de pintura y lo que de él pueda hallarse en las hemerotecas complementan el entendimiento de un estilo de escribir y de pensar. Es un filón reducido de lo que ha escrito, pero basta para garantizar su permanencia en la cultura.

Desde el punto de vista formal, Monsiváis ha perfeccionado el género de la crónica comentada. Presta menos interés a la narración de los hechos que a lo que puede decir de ellos. Comentarista *non-stop*, se sirve de la ironía (la distancia crítica ante lo ya sucedido) para razonar lo que ve.

A los 28 años, en su excepcional prólogo a *La poesía mexicana del siglo XX*, escribió: "Una prueba evidente de este continuo vasallaje a una lengua que, a pesar de todo, por miedo o por timidez o rencor, no nos decidimos a maltratar o a poseer, es la ausencia de humor en nuestras letras". Si en la literatura inglesa el humor es visto como atributo de la inteligencia, en la literatura mexicana, hecha de inseguridades y desgarraduras, es visto como lo divertido que rara vez es profundo. De Novo, Monsiváis rescata el afán de provocación y la prosa irónica. No comparte con él la obsecuencia ante el poder. El retrato que le dedica, "Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen" (*Amor perdido*), establece de una vez por todas lo que Monsiváis quiere y no quiere ser. La meritoria transgresión de Novo, el cronista que se ufana de escribir con deleite pop prosas dignas de "la publicidad del mejor chicle", termina por someterse a quienes patrocinan los favores de su pluma. Novo envejece con teatralidad wildeana; su rebeldía se reduce a gesto: la peluca pelirroja, los anillos pontificios.

El tema del cronista es una preocupación esencial de Monsiváis. En su registro de la manifestación del silencio en 1968 (*Días de guardar*) se describe a sí mismo en tercera persona al estilo de Norman Mailer en *Los ejércitos de la noche*. En este texto capital,

explora la significación del silencio y pone en tela de juicio la objetividad del cronista. ¿En qué medida puede mantenerse al margen de lo que atestigua? Como John Reed en *México insurgente*, Monsiváis se narra a sí mismo como náufrago en la gesta, hasta que la multitud comienza a encender antorchas y decide ser uno con su tema: “Él prendió un periódico [espacio del cronista] y lo sumó a los miles que ardían como otros símbolo evidente que ya nadie explicaba”.

No hay manera de escribir de temas sociales sin una empatía ante el entorno. Pero Monsiváis entiende la solidaridad como una forma de la crítica, comenzando por la que se aplica a sí mismo. Le interesa lo que sucede, pero también y sobre todo, la representación de lo que sucede. Sus comentarios de lo real dependen, en buena medida, de discutir ideas. Aunque se ocupe de un hecho político, escribe siempre una crónica cultural porque discute lo que ahí se pensó. Su parcialidad hacia las causas de izquierda se somete a un severo detector de dogmas e intransigencias. No estamos ante un ideólogo proselitista, sino ante un dramaturgo de la conciencia que pone en escena un mitin de las ideas cruzadas.

Uno de los libros que mejor define su temple intelectual, *Las herencias ocultas*, se concentra en el pensamiento liberal del siglo XIX. A propósito de las crónicas de Gutiérrez Nájera, observa que divulgan “una felicidad a pesar de todo, la felicidad de difundir una cultura canónica desconocida”. Lo mismo puede decirse del retratista impar de Juan Gabriel y Agustín Lara, el cronista del sujeto colectivo que antes se llamaba “peladaje” y ahora nombramos “sociedad civil”, el cartógrafo voraz de la Ciudad de México, el monstruo que nos retiene y demuestra a diario que lo grave sería no estar aquí: “la peor pesadilla es la que nos excluye definitivamente”, reza la última frase de *Los rituales del caos*.

Como todo escritor de temple bíblico, Monsiváis es pródigo en aforismos que pronto serán refranes: “O ya no entiendo lo que está pasando o ya no pasa lo que estaba entendiendo”, “Ya que no tuve niñez, déjeme tener currículum”, “Siento invadido mi rostro, inevitablemente, por el *joie de vivre* de la Coatlicue”.

Una estampa japonesa

He visto a Carlos Monsiváis discutir de películas de gladiadores ante un consumado cultor del género, Terenci Moix; interrogar con autoridad a un novelista histórico escocés sobre el periodo de Cromwell; comprar discos de Mozart en Berlín con pericia de musicólogo; descartar mi invitación a un concierto de Simon & Garfunkel, pero sólo después de cantar todas sus canciones. No hay forma de viajar con él sin presenciar el variadísimo rango de sus intereses. "¿No es esto eclecticismo?", pregunta en su *Autobiografía* a propósito de sus múltiples pasiones.

Vi por primera vez a Monsiváis en el diálogo que sostuvo con Manuel Puig en la antigua Librería del Sótano. Llevaba la chamarra de mezclilla que se convertiría en su emblema *beatnik* y el pelo alborotado por el viento parálcito de los que leen textos sagrados. En un momento comentó: "Me siento como un periodista de *El Heraldo*", y dejó de hablar.

Desde entonces, su presencia se ha vuelto tan familiar para mi generación que cuesta trabajo imaginar cómo serían las cosas si él no estuviera ahí. En agosto de 1994 coincidimos en la convención zapatista en un claro de la selva tojolabal y presencié sus fatigas para meterse en el *sleeping bag*: "Me siento un genio", dijo cuando logró correr el cierre. Al día siguiente se torció el tobillo. No dejó de tomar notas ni se quejó gran cosa, pero de nuevo acudió al desfoque de la ironía: "Juro que ya sólo apoyaré causas urbanas".

Las anécdotas sobre Monsiváis son tan copiosas como los apodosos que ha puesto y las películas que ha visto. Para celebrar su premio, termino con un recuerdo ajeno del que pude ser testigo.

En 2004 Kenzaburo Oé presentó *Salto mortal* en Barcelona. Después de la discusión de la novela hubo una cena en la Casa Asia a la que asistimos unas doce personas. Al saber que yo era mexicano, Oé quiso hablar de dos autores que lo habían impresionado años atrás, durante su estancia como profesor en El Colegio de México. Uno de ellos era un clásico contemporáneo; el otro, un novelista inédito. La cena ya había terminado y el autor de

Un asunto personal jugaba con las migajas en el mantel. Había hablado durante horas de sus libros, la atormentada relación con su madre, la enfermedad de su hijo, los testimonios de Hiroshima, pero quería hablar de México. Como tantos japoneses, apoyaba la conversación con la sonrisa. Sus frases en inglés se sucedían con la premura de un locutor que narra una pelea de karatecas.

“Fui a México porque ahí vivía Juan Rulfo”, dijo Oé. “Para mí, se trataba del escritor más importante del mundo. Quería desentrañar ese misterio: ¿por qué, entre todos los sitios posibles, el mejor de nosotros escribía en México?”

Luego pasó al otro escritor que lo había cautivado. Durante décadas había recordado su extraño nombre: “Monsiváis, Carulos”. El escritor japonés volvió a sonreír: “Estaba escribiendo una novela sobre la fiebre del oro, pero del lado de la frontera mexicana”.

Oé habló del libro como si ya lo hubiera leído. Monsiváis mezclaba lo culto y lo popular, las vidas contrastadas de México y Estados Unidos, retrataba las corruptelas de una ciudad de pioneros, trazaba historias de la usura y carnavales del deseo, fijaba la reputación de las celebridades instantáneas, fustigaba los abusos del poder en ese mundo siempre provisional, fronterizo, híbrido. “¿Llegó a escribir esa novela?”, preguntó Oé con ojos encendidos.

¿Había descripción más exacta del copioso territorio de Carlos Monsiváis?

“Sí”, contesté, “aunque de otro modo”.





Doce notas para mil y un velorios

Juan Felipe Cobián Esquivel

Con los lectores más jóvenes en mente, aquí refiero a manera de notas sólo doce de todas las razones posibles para leer *Los mil y un velorios*, obrita de ningún modo pequeña de Carlos Monsiváis sobre el crimen en el Distrito Federal durante el siglo XX y su relación “feroz y entrañable” con la sociedad mexicana.

I

La sección más viva de un periódico, la más ruidosa de un noticiero, es la nota roja: siempre hay mujeres muertas, niños envenenados, ebrios apuñalados, peatones que no vuelven a dar un paso. Ignoro si alguien se atrevería a suprimir este apartado del diario, asumido por muchos como síntoma de normalidad: “dos ejecutados, un incendio, la llave del gas abierta por varias horas: el mundo sigue donde se quedó ayer” —la calma, recordemos, a veces levanta sospechas—. Si se vive en una ciudad como México, Guadalajara o Tijuana, a veces incluso parece sorprendente regresar a casa con el alma bien metida en el cuerpo y el pellejo sudado, asoleadito o manoseado pero completo; o no tener noticia de un ajusticiado en las afueras o de una *vendetta* en concurrido restaurante. Sobran los incidentes, que van de anecdóticos a fatales, y cuando no es un camión que arrolla es un cuchillo que traspasa.

Mientras no se juegue el rol de víctima, culpable o presunto implicado, a un ingenuo cualquiera le toca horrorizarse, sentir feo, decir *pobrecita, tan chiquito, se lo merecía por rata*. Pero algunos observadores agudos, como Carlos Monsiváis en *Los mil y un velorios*, han preferido insinuar un análisis completo del asunto.

II

Para todo aquel con inquietudes sociológicas, este volumen logra pintar un panorama general al tiempo que punzante de la relación, contradictoria —por habitual y desgarradora— con la sociedad mexicana de los hechos más violentos ocurridos durante el siglo XX en el Distrito Federal. Monsiváis indaga con su ágil pluma en los sentimientos, las actitudes y las posturas de los mexicanos ante esos relatos violentos que se han hecho un lugarcito en la memoria colectiva.

Quedan pendientes, para quien quiera escribir la suya, las historias del ancho ambiente criminal en el resto del país. Y el punto de partida de cualquier trabajo escolar, ensayo o investigación al respecto tendrá forzosamente que partir de esta obra.

III

Aviso para los lectores perezosos: el libro tiene menos de cien páginas, cuesta poco, hay violencia, relato ameno, personajes sórdidos y se lee de un jalón.

IV

Y pensar que uno se queja... Si sus cuitas parecen gigantescas y además se multiplican como tiendas de autoservicio, *Los mil y un velorios* le recuerda cómo la nota roja funciona como trampolín emocional en el que, por costumbre o descuido, casi todos nos hemos trepado para al menos por un momento volar un poco y encoger las mortificaciones hasta la talla de una bobería, en contraste con la estatura de un drama ajeno. Siempre hay alguien más jodido, menos cuerdo, más sangrante, según el diario o el noticiero de la noche. Entonces, ¡tarááán!: las angustias propias se vuelven simplezas: “Qué alivio no ser pobre o no ser tan pobre. Y qué bendición no sufrir lo inesperado: cruzarse en el camino de un psicópata, abrirle confiadamente la puerta al mal y la crueldad”. ¿Quién dijo que las desgracias traían pura cosa horrible? Hay quien necesita oír balazos para conciliar el sueño.

V

Quizá el lector recordará que hace doce años, cuando apareció el libro, *Alarma* era el periódico clásico donde el amarillismo de la competencia se sonrojaba ante lo explícito de sus imágenes y encabezados sobre decapitados, mutilados o atropellados: "Todo para la foto: los cadáveres hacen alarde de su abandono o putrefacción, las prostitutas se enfrentan a la cámara que es la mirada reprobatoria de la sociedad, los criminales se dan tiempo para elegir su pose más temible".

Ahora, lo espeluznante se vuelve patético en publicaciones como *Metro*: "Lo hicieron puré" en mayúsculas sobre la foto de un carro vuelto chatarra. Dice Monsiváis: "Semana a semana, la nota roja populariza la intuición de Thomas de Quincey, y pone a competir a víctimas y asesinos. ¿Quién sufrió peor: la amasia acuchillada o la prostituta estrangulada? Como si se tratase de un deporte, los lectores examinan y comparan estadísticas, y atienden los detalles pintorescos o de groticidad exuberante".

VI

Si se padece de una especie de callo sentimental; que no cunda la culpa: a esa masa que somos la gente también nos sucede. Cuando se dice *todo tiene un límite* también se incluye el asombro. Si antes la noticia de un destazado espantaba, luego deberán ser tres en un mismo caso, o que el asesino serial siguiente mate a más y con mayor saña que, por ejemplo, la reciente *Mataviejitas*: "Al final, sólo se retiene lo memorable: los grandes psicópatas, los asesinos en serie, la cantidad de sangre derramada". No se culpe si olvida.

VII

Cualquier estudiante, lector principiante o interesado en enriquecer su guardadito cultural sabrá apreciar la gran valía de las pistas que el autor de *Nuevo catecismo para indios remisos* nos da sobre

cómo la nota roja ha alimentado el cine y la literatura. Como lector ávido y cinéfilo empedernido, las referencias tanto literarias como cinematográficas de *Monsi* no pueden ser pocas ni mucho menos despreciables: *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, *El libro rojo*, *Los bandidos de Río Frío*, *Los motivos del lobo*, Raymond Chandler, Agatha Cristhie, Alfred Hitchcock, *El castillo de la pureza*, *Los motivos de luz*. No podría desdeñar a la cultura popular: desde el "Corrido de Rosita Álvarez", "Contrabando y traición" y los hermanos Almada hasta las "Pacas de a kilo" de Teodoro Bello, uno de los compositores de cabecera de Los Tigres del Norte.

VIII

¿Aficionado a los filmes de Tarantino o la hiperviolencia de *Irreversible*? ¿Escritor de novela negra escaso de ideas? ¿Guionista, dibujante de cómic en crisis creativa? Monsiváis da cátedra de lucidez, erudición y estilo en este libro que además es una veta bastante explotable, un útil muestrario portátil de tragedias. ¿El caso de un asesino serial curado, absuelto y convertido en abogado defensor de oficio?, Goyo Cárdenas; ¿un hombre que priva a su familia del mundo durante quince años para ahorrarles el trago amargo?, Rafael Pérez Hernández; ¿un narcotraficante carismático, extranjero, practicante de ritos satánicos? Adolfo de Jesús Constanzo, *el Padrino*; ¿una mujer que estrangula a sus tres hijos por hambre?, Elvira Luz Cruz. Y todo esto sucede en México.

IX

Más valen cinco años como rey que cincuenta como güey. Si hay una industria mexicana en crecimiento esa es la del narcotráfico. Apunta Monsiváis: "La gente se asoma a los palacetes de los narcos, identifica sus automóviles y sus pick-ups y sus vans, se ríe con las canciones". Y más adelante: "La cultura del narco no es causa ni consecuencia de la pérdida de valores, es el episodio más grave hasta hoy conocido de la criminalidad como capítulo del capitalismo salvaje".

X

La violencia no nació el siglo pasado. Cuando nuestros bisabuelos vieron la primera luz ya era anciana y saludable. Monsiváis refiere que ya en la época virreinal corría la sangre incluso en familias respetables. El sol, pues, se aburre de ver lo mismo; el resto del mundo bosteza mientras acontece el próximo *horrosísimo caso*.

XI

Si usted es uno de esos desesperanzados de buen corazón —¿o hay de otro tipo?—, que piensa que este sobrecalentado planeta experimenta una espiral de violencia incontenible, encontrará en este libro un sustento más. Los humanos, podrá decir usted, somos animales agresivos, decadentes, autodestructivos, indiferentes, enfermizos. Después de leer esta obra, estimable pesimista, tal vez se dé cuenta de que tiene la razón. Y estar en lo correcto siempre levanta el ánimo.

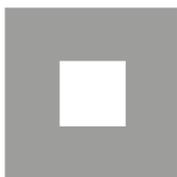
XII

“El tema es avasallador, cualquier aproximación es más que limitada, y sólo quise dar constancia de la perdurabilidad de un género y su relación feroz y entrañable con la sociedad”. Así resume Monsiváis, agudo observador de la cultura mexicana, el propósito de su libro, tan breve que cabe en la bolsa trasera de un pantalón, tan ilustrativo que es un punto de arranque para quien pretenda no ser ya sólo un espectador pasivo de las muertes de otros —mientras el capricho del destino no decida otra cosa—, sino un verdadero crítico de un fenómeno con rostro de incontenible.

Publicada hace doce años, esta obra conserva una actualidad brutal. Con la profunda amenidad y lucidez como sello, Monsiváis nos transmite un mensaje en verdad inquietante: el crimen y su crónica es uno de nuestros espejos más visibles pero menos vistos.

El *brutalómetro* permanece al alza en nuestro país. *Los mil y un velorios*, a estas alturas de la barbarie cotidiana, se antoja como el genial prólogo de una enciclopedia que se escribe todos los días. En los últimos doce meses —y en los doce anteriores, y en los del porvenir— hechos estremecedores merecerían por sí solos capítulos completos, como las cabezas arrojadas en la pista del bar Sol y Sombra de Uruapan, la madrugada del 6 de septiembre. Según *El Universal* del día 11, ahí el silencio no duró más de un día; tampoco el asombro o la indignación en el ciudadano común, quizá al cobijo de aquella frase de Susana Clotilde Chirusi donde se resume la indiferencia de una sociedad estúpidamente ingenua, cada vez más incapaz de condolerse: “Por suerte el mundo queda taaan lejos”.





Aires de familia: el rompecabezas irónico de la pluralidad

Luis Alberto Pérez Amezcua

Quien se enfada por las críticas, reconoce que las tenía merecidas.

Tácito

Géneros, premios y festejos

Aviso de última hora para los puristas que se encuentran en pleno desgarré de ilustradas vestiduras: el ensayo también es un género literario.

Por cierto (pongámonos virtuales para ir con los tiempos), "es el subgénero didáctico más importante en la actualidad; escrito siempre en prosa, consiste en la exposición aguda y original de un tema científico, filosófico, artístico, político, literario, religioso, etc., con carácter general, es decir, sin que el lector precise conocimientos especiales para comprenderlo", dice la www.bibliotecavirtual.com, basándose en la definición tradicional y añadiendo la precisión democratizadora de la relativamente fácil decodificación de los textos.

Este "carácter general" —esta búsqueda en segundo plano de amplios públicos— es una de las características más significativas de la obra literaria de Carlos Monsiváis, y vale la pena señalarlo desde ahora: la bandera de esta empresa es la inclusión.

Más de alguno alzó airada voz, al darse la noticia de que el galardón que otorga este año la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (de incógnitos destinos nominales) sería para el también ganador del premio Xavier Villaurrutia en 1995 —otorgado por primera vez a Juan Rulfo en 1956 por *Pedro Páramo*—, y protestó la decisión, con el llano argumento de que hay grandes novelistas, cuentistas y poetas. Yo, en cambio, celebré que por primera vez el jurado de este premio se acordara del género, porque uno de los

textos más iluminadores y bellos que leí mientras cursaba el bachillerato es *La llama doble. Amor y erotismo*, de Octavio Paz. Ese libro, como ahora *Aires de familia*, me produjo goce estético, placer, celebración de la inteligencia y del arte de sugerir e insinuar.

El ensayo es un género literario, y si Paz ilumina sus descubrimientos con la metáfora, Monsiváis no lo hace menos con la ironía —a veces mordaz, a veces melancólica—. Ambas, siempre, son resultado del pensamiento profundo y de una vuelta de tuerca al lenguaje: revelación.

“También en San Juan hace aire”

Con *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Monsiváis gana merecidamente el XXVIII Premio Anagrama de Ensayo (publicado en la importante colección Argumentos). Consta de siete capítulos que se destinan a la descripción de algunas de las piezas del extraño rompecabezas que representan las actitudes y transformaciones del “ser latinoamericano” —aunque, debo confesarlo, se inclina demasiado a lo mexicano, y parece en momentos que la inclusión de nombres de ciudades, países o escritores quiere justificar el subtítulo del libro.

En *Aires de familia* destacan el influjo del cine y la televisión (con sus ídolos y sus héroes), las migraciones (así, en plural, pues se descubre, y se explica, que las migraciones no son sólo geográficas, sino culturales, espirituales y conductuales), el sentido de la historia, el neoliberalismo y, créase o no, la literatura. Pero hay otros muchos otros temas relacionados, y todos sumamente ricos.

Aires de familia es una excelente síntesis del estado de cosas en nuestro continente, pero sobre todo, una excelente aproximación a sus causas. Y a veces las más divertidas. “¿Qué macho no perfecciona su brusquedad merced a las lecciones de Pedro Armendáriz o la apostura de hacendado de Jorge Negrete? [...] ¿Qué gracioso de barrio no se extravía en algún momento en el lenguaje queriendo renacer cantinflistamente? ¿Qué mujer agraciada no anhela disponer del maquillador, el modista, el peinador de Dolores del Río o María Félix?”. La exitosa industria del entretenimiento sembró en las men-

tes de millones de latinoamericanos, en mayor o menor medida, las semillas de comportamientos, valores y visiones del mundo que florecen en un escenario complejo que ha escapado por completo de la poda de las instituciones que controla y uniforma.

La desmitificación como forma de lectura

En su repaso histórico y literario, Monsiváis no detiene la fuerza de su crítica por la fama o gloria de los escritores o personajes “canónicos” que analiza. Un ejemplo: *Santa* (el primer *best-seller* de México), aunque ponderada por utilizar como personaje principal a uno de esos abominables seres del “Pueblo” (abstracción diseccionada ampliamente con maestría terminológica como concepto y como prejuicio en el primer capítulo del libro, “De las versiones de lo popular”), es un documento que evidencia la sujeción ideológica de su autor, Federico Gamboa, “reaccionario gozoso, un enemigo intransigente de lo popular”. Gamboa, como todos nosotros, es un hombre de su tiempo, y como tal, lleva su lastre. Se trata de un miembro de élite que todavía huele inconscientemente la suciedad del pueblo, aunque conscientemente respire profundo en su presencia. El mismo tratamiento reciben Vasconcelos, Manuel Payno (pese a ser el autor de “La mejor novela del siglo XIX”), Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y otros más.

No obstante estas precisiones, el balance que hace Monsiváis es siempre positivo para la literatura, y señala los grandes avances que ésta realiza en el conocimiento de la realidad, particularmente de la narrativa de mediados del siglo XX, con autores como Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Leopoldo Marechal, Guillermo Cabrera Infante, Manuel Puig, Luis Rafael Sánchez y otros muchos.

Esta desmitificación (término que utilizo aquí a falta de otro que sirva para describir mejor este recurso estilístico personalísimo de Monsiváis) opera en varios niveles, relacionados temáticamente con esa especie de columna vertebral del libro que ya hemos señalado: los grandes ídolos de las pantallas grande y chica y su afectación de posturas y frases, los discursos de políticos y revolucionarios, las letras de la música popular. Dice Monsiváis:

Son escasas las vías expropiatorias de las claves de la vida moderna: la relación personal con la tecnología, el cine y la televisión (el acceso masivo, nunca personalizado); la música (el registro más inmediato y extendido de la sensibilidad contemporánea), y la literatura, el territorio clásico. Y por esto, en América Latina los libros culminantes son “retratos de familia y de nación”, y cumplen también funciones reservadas a la sociología, la psicología social, la historia.

El *thriller*, la experiencia femenina, el regreso de la novela histórica, la reelaboración del *kitsch*, la literatura de experiencia homosexual y la novela carnavalesca son algunos de los “rasgos sobresalientes, las innovaciones, las aportaciones, los géneros nuevos o novedosos” que, según Monsiváis, se afincan en lo popular y que tienen lugar en virtud de estos “retratos de familia y de nación”.

El sentido de la cirugía plástica, o la estética del taladro

Somos un copión conjunto de países. Esto no causa alarma: siempre lo hemos sabido. México, en firme, ha importado códigos de conducta y artísticos europeos y, en los últimos cincuenta años, estadounidenses, entre otros. Por otra parte, en la zona íntima, copiamos los modelos que vemos en nuestros amigos, vecinos y personajes (provenientes de cualquier soporte comunicativo). *Aires de familia* revisa la creación de símbolos y paradigmas de las naciones latinoamericanas que importa este proceso.

El inicio del capítulo “Pero ¿hubo alguna vez once mil héroes? «Si desenvainas, ¿por qué no posas de una vez para el escultor?»” (deconstrucción de la novela humorística de Jardiel Poncela) consiste en un *incipit* de preguntas retóricas cuyas respuestas Monsiváis no intentará responder, sino ejemplificar a la luz de personajes e ideologías. Algunas de éstas son: “¿a quiénes califica el Estado de seres admirables, a quiénes la sociedad y cuáles son los puntos de acuerdo?, ¿cómo se forjan, encumbran y consolidan los héroes, las grandes personalidades, los ídolos?”.

Carlos Monsiváis da lecciones de historia, pero de la que de veras interesa, porque se trata de la historia de las libertades. O de la falta de ellas. Destaca el esquema inevitable: “la traducción a la vida civil de los modelos impuestos por el catolicismo”. Así, nuestra historia se plaga de héroes que han de poseer, si quieren serlo, esta filiación mesiánica o sacrificial. Y hay autores literarios (Borges incluido), dice Monsiváis, que se encargan de reproducir o festejar esta visión heroicista de la historia, así como la enseñanza cívica, el periodo romántico y las utopías revolucionarias.

Monsiváis se asoma a otra clase de héroes que fueron o son producto del desvaimiento terminológico, del descrédito y las dudas, y del abuso de políticos justificantes: los deportistas (boxeadores y futbolistas principalmente), los traicionados (Allende) y los escritores (“el alma de los pueblos”) —en referencia a ese periodo magnífico de la literatura llamado modernista, en el que Darío o Neruo eran recitados y alabados como estrellas de cine.

Instrumentos de la perforación: citas, títulos y temibles paréntesis

Hay recursos para la ironía, y Monsiváis da cátedra. Hace años, cada lunes esperaba leer su columna “Por mi madre, bohemios”, en el diario *La Jornada*. Intuía en el título un sentido de la burla que rebasaba la crítica a lo anacrónico, al ridículo romántico y a la mala poesía. “Por mi madre...” era un ejercicio de denuncia y sátira, además de crónica de esos días. La frase entrecomillada significaba encontrar las citas de las palabras pronunciadas o declaradas por personajes de la política, de la derecha y del espectáculo. Esa “lupa lingüística”, digamos, es maravillosa: así como Gamboa se denuncia como miembro de una élite gracias a su discurso, éstos desnudan su estupidez gracias a las penurias y pobreza de su lenguaje.

Además de las citas, Monsiváis también practicaba el ejercicio de títulos o subtítulos en su columna que eran un gozo de la creatividad. Eran títulos atractivos, que obligaban a la risa, tomados del escaparate inmenso de un México cursi o surreal.

Y los paréntesis... Cuando uno de éstos aparece es muy probable que se trate de un recurso más para ejercer la ironía (podiera practicarse un experimento estadístico). A la frase "seria" sigue el paréntesis que la cierra con crueldad y la reafirma, iluminando, colofoneando.

Aires de familia presenta el síntoma (¿la maldición?) de estos procedimientos —con distintas variantes— en los títulos de los capítulos y en los subtítulos de cada uno de éstos. Veamos un ejemplo:

Mira, mira, nosotros pensamos, concluir, que los programas estos o en el formato y en el fondo son programas, insisto, a mi modo de ver, que informen, formen y sean constructivos o, insisto mucho, que el público mexicano, que es muy diverso, que son jóvenes de todas las edades, que tienen distinta formación, distinta preparación, se verían de alguna manera lesionados. Yo insisto en que tenemos que provocar los programas que puedan, que lleguemos a conclusiones que, pedagógicamente, sean válidos... [Francisco González Garza, presidente de la Unión de Padres de Familia, en el programa *Cristina*]

¿Ya ven como Cantinflas sí permea, sí influye? O esta maravillosa de Verónica Castro:

—¿Qué opinas del proceso por el que pasó la ex Unión Soviética y los conflictos que ahora se viven en Bosnia?

—Cuando volteo a ver la guerra y los pleitos estos, no los entiendo. Veo las noticias, me aviento todo el ECO, y veo la guerra como una película norteamericana de esas de acción en donde se matan y se destruyen. Yo lo veo así... [La *Jornada*, 15 de septiembre de 1992]

Y de los subtítulos: "Heberto Padilla: «Confíesome culpable de mi inocencia»", "Los ídolos: «Es igualito a mí, sólo que es tan bueno que no se me parece en nada». "Pero el divorcio, porque es pecado, no te lo doy", o el más melodramático "¡Vete, no quiero que me beses!".

Y de los paréntesis: "El boxeo, con sus abrumadores riesgos físicos, es la escenificación insuperable del *struggle for life*, el más «darwiniano» de los deportes a la disposición de los jóvenes sin recursos (ningún burgués de origen ha sido campeón mundial)".

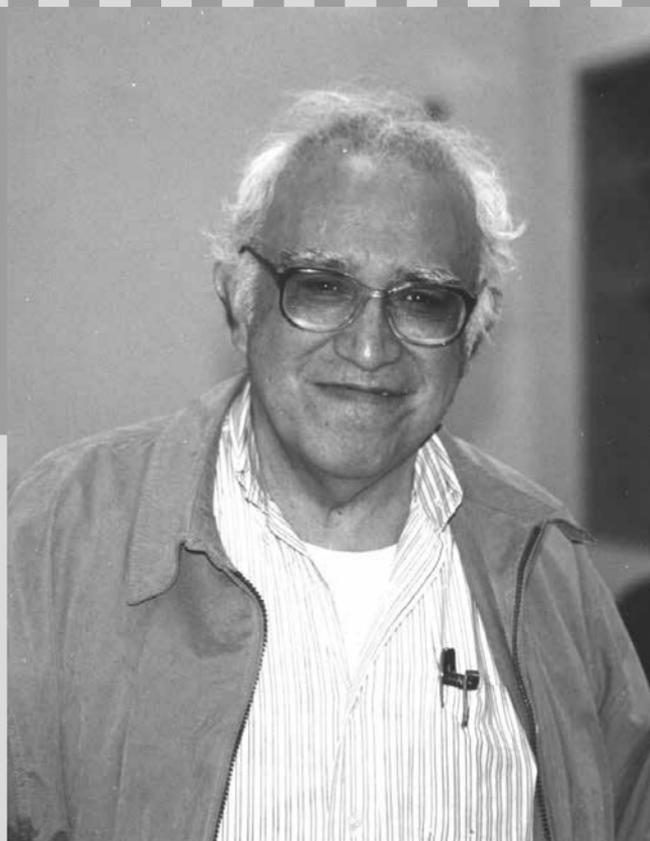
Los agujeros del arte

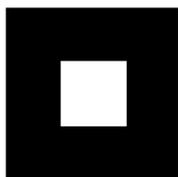
Una fiesta de la noticia y de la relación significativa es *Aires de familia*. El ensayo se detiene siempre a mirar qué repercusiones tienen los acontecimientos políticos, sociales o económicos (hasta los más banales) en el arte y la literatura, aunque en esta última de manera más clara y abundante. Eso es algo que se agradece porque permite apreciar la intrincada red de la historia, que se nombra a sí misma de todas las maneras posibles a fin de conocerse y saber por qué hizo lo que hizo aunque no debiera haberlo hecho.

Monsiváis, con su análisis profundo, con su taladro mental y verbal, abre conductos (a veces muy delgados) por los que podemos asomarnos a la realidad cultural de nuestro tiempo y nuestro continente, América. Pero el gran escritor, el gran literato que también es, realiza otra clase de perforación: observa la realidad para desenmascararla, para reírse con ella y convencerla, haciéndola reírse de sí misma, de que una revisión permanente, una reflexión constante es indispensable para no ceder ante la desesperanza en estos tiempos en los que el neoliberalismo hace su fiesta ante la duda de alternativas sociales más justas.

Monsiváis resume, de manera brillante y contundente, retos y oportunidades, pero también los obstáculos del antiintelectualismo, el neoliberalismo, la sociedad de consumo y el *mercado libre*, la derecha hipócrita, las fallas terribles de una educación que no acaba de lograrse (impedimentos que por desgracia me parecen demasiados aun "documentando lo mejor posible mi optimismo").

Terminemos, también nosotros, con las palabras finales de *Aires de familia*: "No hay conclusiones, tal vez sólo la cita de José Lezama Lima: «El gozo del ciempiés es la encrucijada»".





Instituciones: Juan Gabriel* (fragmento)

Carlos Monsiváis

*Quiero decirles ahora, que de verdad valió la pena
haber nacido en este siglo y en este país
por el bello hecho de ser mexicano
y de ser Juan Gabriel.*

III

Había una vez una ciudad llamada Juárez en la frontera de México con Estados Unidos. Allí vivía un adolescente solitario, ajeno a la política y a la cultura, aficionado irredento de las cantantes de ranchero, de Lola Beltrán y Lucha Villa y Amalia Mendoza la Tariácuri... y ese joven, furiosamente provinciano (cosmopolita de trasmano, nacionalista del puro sentimiento) creaba por su cuenta una realidad musical nomás suya, la síntesis de todas sus predilecciones que no existía en lado alguno, y para su empresa disponía de la memoria (en donde resguardaba las melodías que no podía llevar al papel pautado), del ánimo prolífico, de una guitarra, de muchos sueños y de la casualidad de que en el país decenas de miles intentaban lo mismo: componer para hacerse famosos, componer no por hacer arte sino con tal de representar sentimientos y situaciones (enamorarse, desenamorarse, frustrarse, narrarle a todos el dolor de no poder contarle a nadie el sufrimiento, desahogar el rencor, aceptar que todo acabó y todo empieza).

Él y miles como él urdían canción tras canción para largarse del cuartito con la familia idiotamente junta, y evadirse del trabajo

* Tomado de *Escenas de pudor y liviandad*, México, Debolsillo, 2004, pp. 282-288.

monótono y de la colonia en el culo del mundo. Y al adolescente de Juárez, que responde al nombre de Alberto Aguilera Valadez, su inspiración le llevaba a diario melodías que silbaba, con letras adjuntas, y él las cantaba en un lugar llamado Noa-Noa, y lo que hacía agradaba, pero él no se resignaba a la modestia de la periferia, y se dirigió a la capital monstruosa, a pasarla mal como un trámite en el camino de la superación. Si no supiésemos del *happy end* sería triste lo que sigue: hambres, malos tratos del egoísmo urbano, noches sin sitio para dormir, una temporada en prisión porque un malvado lo acusó del robo de una guitarra, días y semanas aguardando en las afueras de las grabadoras, sin que siquiera las secretarías lo saluden.

Y la luz al final del túnel: un ser humano excepcional, la cantante de ranchero Enriqueta Jiménez La Prieta Linda, lo recibe en su casa, le graba los frutos de su inspiración, y le insiste a los directivos de su compañía: "Tienen que contratarlo. No se arrepentirán". Ya entrado en los gastos de la metamorfosis, Alberto padece un segundo bautismo. Ahora será, con resonancias arcangélicas, Juan Gabriel así como se oye, según conviene en la época donde los apellidos no interesan porque el impulso demográfico taló todos los árboles genealógicos. En 1971, el debut profesional: Juan Gabriel es tímido y protegible, es vulnerable y expresivo, y sus primeras composiciones celebran a una juventud alegre, intrascendente y levemente anacrónica, cuya limitación esencial es cortesía de la realidad.

No tengo dinero, ni nada que dar.

Lo único que tengo es amor para amar.

Si así tú me quieres, te puedo querer

pero si no puedes, ni modo qué hacer.

De inmediato las quinceañeras lo adoptan y lo adoran, si el verbo *adorar* describe de manera adecuada la compra de discos, *no se ha dado cuenta que me gusta, no se ha dado cuenta que la amo*, los canturreos que ocupan semanas enteras, los telefonazos

a las estaciones de radio, los suspiros ante la sola mención del nombre, la formación de clubes de fans... Y la lucha moral contra la intolerancia de padres y madres y novios: ¿Pero cómo puede gustarte ese tipo...? Muy mis gustos...

Y sí, hay razones del gusto que se esparcen, las chavas persuaden a sus novios, a las madres se les desarrollan hábitos que muy pronto dejan de ser clandestinos, y el inflexible paterfamilias se descubre una mañana tarareando: *En esta primavera / será tu regalo un ramo de rosas / Te llevaré a la playa, te besaré en el mar / y muchas otras cosas*. La prensa informa del fenómeno de letras reiterativas y pegajosas y melodías prensiles, y reconoce un filón: el compositor más famoso de México es un joven amanerado a quien se le atribuyen indecibles escándalos, y a cuya fama coadyuvan poderosamente chistes y mofas.

¡Ay si tú! Y Juan Gabriel ocupa la primera página de los periódicos amarillistas, en fotos sensacionalistas, digamos en traje de baño en la playa de La Condesa en Acapulco. *¡Ay si tú!*, y los cómicos se benefician en sus rutinas: "Un día iba caminando Juan Gabriel con su perrito y se encontró a un marinero...". *¡Ay si tú!* Y la mamá, afligida por los modales de su hijo le cuenta a su hermana: "Ay, ay, ¿no me irá a salir como Juan Gabriel?" *¡Ay si tú!* Las aportaciones del morbo afianzan la singularidad, y Juan Gabriel se instala, sin declaraciones ingeniosas o audaces, sin concederle atención a bromas y rumores, sin el apoyo mitológico de la Bohemia o de la Parranda o del Culto a la Autodestrucción. Él es un Ídolo Real que desplaza fantasías producidas en serie.

IV

A Juan Gabriel nada le ha sido fácil, salvo el éxito. En 1971, el primer año de su vida profesional, el auge del rock liquidaba al parecer las esperanzas postreras de la canción romántica. El rock es el idioma juvenil por excelencia, el acompañamiento más adecuado para el deseo de huir del subdesarrollo. Si quieres ser verdaderamente moderno (digno del espejo donde tus padres y

tus abuelos ya no se reflejan aunque se lo propongan), no oigas tonterías que entiendes pero ya no sientes, mejor adáptate a lo que muy probablemente no entiendes pero que sientes cada segundo.

Los jóvenes talentosos se afanaban en nacionalizar el rock, en aprender del jazz y del blues, en verter el impulso juvenil en letras que fueran manifiestos, en añadirle a la música la dinámica corporal... Este acelere de la cultura juvenil no inmutó a Juan Gabriel, aislado por la miseria y por la provincia. Su experiencia era otra, más pausada y encadenada a la realidad, y él la sabía compartida por millones. Es falso que se pueda prescindir de la letra. La gente necesita enterarse de lo que canta, porque sigue enamorándose y sigue tronando, y sin frases que delaten el ánimo real o ideal, ni el amor ni los fracasos se viven con holgura. Y una línea afortunada es un mundo abierto. Canta Angélica María:

Porque el que amo
contigo tiene un parecido.
Pero es distinto el sentimiento,
porque él es bueno
y tú sigues siendo el mismo.

Durante un tiempo no se le hace mucho caso a Juan Gabriel. Lo suyo es el territorio de los mercados de discos, de las estaciones radiofónicas que a sus oyentes no les regalan status sino quejas de los vecinos y recados de novias y novios, de las loncherías y bares llamados Mi Ranchito o Los Abedules, de los bailes con tocadiscos prestados y pésimo equipo de sonido, de las sensaciones al margen del prestigio. "Fíjate en lo vulgar de estas melodías, en la madriz a la sintaxis de estas letras. ¡Qué horror!" En su programa del Juicio Final del acetato, el locutor Jorge Saldaña rompe los discos de Juan Gabriel. Al comentarlo, los editorialistas se interrogan sobre la salud mental de la juventud, y los intelectuales, al preguntárseles sobre el compositor responden de inmediato: "Es basura". Pero las canciones cunden

en disquerías, rancherías y loncherías, algunas se desvanecen con rapidez, y otras se convierten en *standard* que los muy modernos admiran entre pretextos y sigilo. Deseoso de variar, Juan Gabriel recorre todos los géneros e incursiona en la canción ranchera (tal y como la definió en la práctica José Alfredo Jiménez: mariachis, desolación, regaño al ser ingrato, poesía popular y atmósferas cerveceras), y surge “Se me olvidó otra vez”:

Probablemente ya
de mí te has olvidado.
Y mientras tanto yo
te seguiré esperando.
No me he querido ir
para ver si algún día,
que tú quieras volver
me encuentres todavía.
Por eso aún estoy
en el lugar de siempre,
en la misma ciudad
y con la misma gente,
para que tú al volver
no encuentres nada extraño,
y sea como ayer
y nunca más dejarnos.
Probablemente estoy
pidiendo demasiado.
Se me olvidó otra vez
que habíamos terminado.
Que nunca volverás,
que nunca me quisiste.
Se me olvidó otra vez
que sólo yo te quise.

Ya no únicamente las jovencitas memorizan a Juan Gabriel. Los tiempos cambian y el machismo se adapta. A principios de

1977, en la inaudita entrevista de prensa al ser nombrado embajador de España, el ex presidente Gustavo Díaz Ordaz declara: "Aquí me tienen, como dicen ahora, en la misma ciudad y con la misma gente".

¡Santo Pedro Armendáriz! ¡El hombre del 68 cita a Juan Gabriel!
¿A dónde iremos a parar, Señor Eduviges?

V

Mayo de 1981. Siempre en Domingo, la serie culminante de la televisión latinoamericana, dedica un homenaje a la primera década de vida profesional de Juan Gabriel. El festejado, con el tono lánguido que todo lo desdramatiza, despliega su vía crucis ante la reportera Paty Chapoy: "Mi papá... parece ser, me platicaba mi mamá, que se había vuelto loco y se fue de la casa, desapareció, se mató, lo mató un tren y mis hermanos lo buscaron hasta que se cansaron de andar dando vueltas". De la miseria a la cúspide: el hijo de un enfermo mental es uno de los reyes de México:

Nosotros somos de Michoacán, pero mi mamá empezó a trabajar con una señora. Se fue a Juárez de sirvienta [...] De mi infancia yo no me acuerdo. Estuve internado en la Casa del Refugio de los tres o los cuatro años, y a los cinco años en la Casa del Mejoramiento Social [...] Me internaron porque era muy vago, era completamente insoportable [...] Soy el más chico de mis hermanos.

Al tanto de un hecho (el único e intransmisible secreto es el del éxito), Juan Gabriel no escatima detalle, y evoca golosamente los oprobios de infancia, la penosa trayectoria, las horas anteriores al triunfo avasallador. Quien no la hace, no tiene biografía; dispone, si acaso, de materia prima para la telenovela que nadie se interesa en producir.

Juan Gabriel persiste en su relato dickensiano:

Mi madre me engañó. Cuando vio que yo era incorregible, que le pegaba a los otros niños, que a ella misma la dejaba encerrada, se decidió. Me dijo que me llevaba a un internado de monjas. Yo sufría mucho por la soledad, cualquier niño quiere estar con su mamá [...] Pero ella me dijo: "No me queda otra cosa más que internarte". Les dijo a mis hermanos: "Si ustedes quieren hacerse cargo de él, vayan y sáquenlo pero yo no puedo".

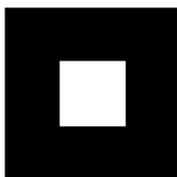
El conductor del programa, Raúl Velasco, interviene y señala cómo la ciencia moderna demuestra que los padres deben tratar bien a sus hijos. Y suaviza su reflexión indicando el tránsito de Juan Gabriel de la amargura al contentamiento. Luego prosigue el relato del *Oliver Twist* mexicano:

Me sentía triste de estar solo pero me fui acostumbrando. (A todo se acostumbra uno menos a no comer.) En el internado había una hojalatería y allí conocí a Juanito, el encargado, que era sordito y él me enseñó a hacer muchas cosas de lámina. Él tenía una banda en Zacatecas, y tocaba el piano y el violín. Tenía un piano con las teclas dibujadas [...] Sí, creo que yo buscaba el cariño y el cariño que he recibido siempre ha sido de gente grande. Cuando tenía yo seis años, Juanito me dijo: Tú eres muy inteligente, y cuando te dicen por primera vez que eres inteligente, tratas de demostrártelo. Yo tenía sed de aprender, de saber cosas [...] Cuando tenía ocho años, me fijaba en los que tenían trece. Ahora, a mí no me afectó lo del internado, con todo lo que pasó y a pesar de que allí me dejaron, quiero mucho a mi mamá.

Ahora viene la parte más conocida de la historia, y uno proyecta en su videocasetera mental la película (la haya visto o no)... Ciudad Juárez le queda chico al adolescente llamado Alberto, que vivía de lavar carros, según se acostumbra en la frontera; y ayudaba en restaurantes limpiando trastes y sirviendo mesas, y Alberto deja su pueblo adorado, no sin su itacate de filosofía vital. "Me gustaba mucho fijarme en la gente grande y aprendí

bastante". Raúl Velasco agrega: "Hemos oído la conmovedora historia de Juan Gabriel" y señala su falta de imagen paterna y cómo tal carencia se volvió acicate, la abundancia viene si los humanos transformamos positivamente nuestra experiencia: "Juan Gabriel se ha forjado en el crisol del dolor".





Guillermo Cabrera Infante: "La dejé
hablar así na ma que pa dale coldel..." *

Carlos Monsiváis

Tres tristes tigres (1967) es, sobre todo, la admirable inclusión de la parodia entre los grandes géneros de la literatura en español, no la parodia como mera trasposición graciosa de estilos, sino como "democratización de los clásicos" y esencialización del habla, del pensamiento, del tono literario. Con calidad óptima, todo en *Tres tristes tigres* es parodia: las formas del habla de Cuba, la incursión satírica en la vida nocturna, los estilos de la literatura cubana.

En ese laberinto simplificado por la corrupción, La Habana de mediados de los cincuentas, Cabrera Infante certifica el impulso de la vida nocturna, cultura marginal o vigilia de los sentidos. En la secuencia intitulada "Ella cantaba boleros", Cabrera localiza un emblema, Estrella, la deidad obesa y tiránica, atroz y magnífica, que trasciende el motivo de inspiración directa (Freddy, la cantante cubana que murió en el exilio dejando un solo disco memorable), e incluye a todas las cantantes que filtran emociones, legitiman desenfrenos, y conducen al ardor amoroso por las vías institucionales del disco, la rockola, la radio, los abandonos, el cabaret, la fiesta, el recuerdo feliz o tartajeante o dolorido. Estrella se instala en el centro de la tempestad de letras ardientes y melodías pegajosas, de clichés verbales y melódicos donde lo vivido con pasión se equilibra con la urgencia de verlo memorablemente expresado:

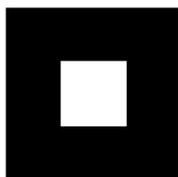
...Y sin música, quiero decir sin orquesta, sin acompañamiento comenzó a cantar una canción desconocida, nueva, que salía de su pecho, de sus enormes tetas, de su barriga de barril, de aquel cuerpo monstruoso, y apenas me dejó acordarme del cuento de la ballena que cantó en la

* Tomado de *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 32-34.

ópera, porque ponía algo más que el falso, azucarado, sentimental, fingido sentimiento de la canción, nada de la bobería amelcochada, el sentimiento comercialmente fabricado del feeling, sino verdadero sentimiento y su voz salía suave, pastosa, líquida, con aceite ahora, una voz coloidal que surgía en todo su cuerpo como el plasma de su voz y de pronto me estremecí. Hacía tiempo que algo no me conmovía así y comencé a sonreírme en alta voz, porque acababa de reconocer la canción, a reírme, a soltar carcajadas porque era *Noche de ronda* y pensé, Agustín no has inventado nada, no has compuesto nada, esta mujer te está inventando tu canción ahora: ven mañana y recógela y cópiala y ponla a tu nombre de nuevo: *Noche de ronda* está naciendo esta noche.

Lo popular se transfigura y resulta lo clásico marginal. Cabrera Infante parte de la mitología cinematográfica, pero sus lectores ya son los condicionados por la hegemonía de la televisión, su flujo sin jerarquías, su fragmentación de imágenes, su sensualidad por inferencia, su traspaso del sentido de la realidad a los anuncios comerciales. Todavía en los sesentas lo "auténticamente popular" es función de lo rural. Luego, y gracias a libros como *Tres tristes tigres*, lo auténtico se desprende también de las atmósferas "inmorales" de la vida nocturna, de la identificación de fantasía cinematográfica y sueños colectivos, y de la relación entre vida urbana e industria cultural. La novela tradicional no podía darse el lujo de dividir hasta lo irreconocible su campo de atención. La nueva literatura no tiene compromisos con criterios de lógica ortodoxa y gira en torno del habla nacional, de los arquetipos o de los gustos que antes sólo merecían atención incidental. Entrenado por Lewis Carrol y Vladimir Nabokov, Cabrera Infante se ocupa por igual de las "descargas" del feeling, de ese elogio a la vitalidad del castellano que es el idioma "cubano", de la picaresca y del orden literario. Y su mundo es eminentemente popular, en el sentido de ubicuo, nocturno, inescapable.





“Que no, que cuídate” *

Carlos Monsiváis

La literatura realista no convence demasiado a sus lectores. ¿Cómo hallar “lo real” en el miserabilismo: seres que lloran nomás de recordarse pobres, agonías cuya dureza compensa de la desdicha de no morir en alcobas de lujo, discursos frenéticos contra esta trampa de la que no se puede salir, esta callampa, esta favela, esta villamisería, este pueblo joven, esta colonia popular? ¿Quién ubica “lo real” en estos caseríos sumergidos en el lodo y las enfermedades venéreas y el analfabetismo y los vuelcos incestuosos y la escásima conciencia de ser? Lo popular exige otros tratamientos.

El crecimiento del nivel educativo facilita y exige un acercamiento ya no condesendiente con lo popular. No es cuestión de aprobar o reprobar, sino de entender y describir sin paternalismos. En *Las glorias del Gran Púas* (1977), el sujeto de la historia de Garibay es un ídolo de box, que convierte su vida cotidiana en una batalla, una orgía, una pelea a favor de los molinos de viento “los rounds que aguanten”. Perseguido por la fama, asediado por los medios masivos, Rubén Olivares El Púas teatraliza el rito de tránsito de la pobreza a la celebridad, y de allí al jugueteo con la leyenda que no se toma en serio “porque una estatua no puede emborracharse y andar con putas”. El Púas es un escándalo viviente y es el desquite por los millones de seres que no han podido ser escándalos vivientes. *El Púas ya la hizo* ¿para qué someterse a disciplina alguna, por qué no hacer del exceso el ámbito de la normalidad, por qué no sumergirse en el pulque y la mariguana, por qué no disiparse antes de que lo metan en una caja “y de allí al pinche panteón”, por qué no rodearse de una corte de ebriedad? Autorizado por el

* Tomado de *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 38-39.

éxito, El Púas sólo toma en serio el *desmadre* —la “incapacidad de civilización”—, se enamora de la obscenidad, matriz regenerativa, y convierte su comportamiento de macho, borracho, drogadicto, en un perpetuo fluir de habla, que todo lo desordena y a nada le concede importancia, salvo a la vigilancia revanchista de su desmadre. Si Cantinflas hablaba para no decir, El Púas expresa para no jerarquizar, para que en la circularidad de su habla los contrarios se igualen:

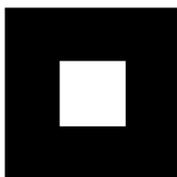
—¿Cómo te sientes?

—Cada vez mejor. Ya la sed me la peló, ya viste en la mañana.

—¿No hay miedo?

—No, ya orita no, ya que estás al filo de los chingadazos se te quita el miedo. En los entrenamientos a ratos sí se te arruga, por la bajada de peso ¿no? que te jode, y la espera, piensas ¡Chingao, faltan semanas! y que no comes, no puedes beber, y siempre hay alguien que te está chinga y chinga: “Que no, que cuídate, que este pinche cuate sí tiene con qué”, sientes que no va a acabar nunca el pinche entrenamiento. Pero ya después del pesaje te calmas. Tú me viste en la mañana cómo estaba yo. A lo macho que un minuto más y madreo al pinche comisionado.





Matricidio, filicidio*

Carlos Monsiváis

En la nota roja son cada vez más frecuentes las rupturas de orden familiar. Pongo tres ejemplos: el hombre que secuestró a su familia, y los casos de Gilberto Flores Alavez y Elvira Luz Cruz.

El encierro como virtud

En julio de 1959 se descubre un caso de encierro familiar. Rafael Pérez Hernández es detenido por el secuestro de su mujer y sus seis hijos, de nombres un tanto alegóricos: Indómita, Libre, Soberano, Triunfador, Bien Vivir y Libre Pensamiento. Llevan más de quince años encerrados, golpeados, zarandeados por regaños y sermones. La hija mayor, Indómita, tiene 17 años y la menor, Libre Pensamiento, 42 días de nacida. (Otros dos han muerto muy niños). Durante 15 años, Pérez Hernández alimenta a su familia con una dieta de avena y frijoles (lo que "favorecía su espiritualidad", según apunta en su crónica Víctor Ronquillo), mientras los obliga a la elaboración agotadora de raticidas. Nadie los visita y sólo abandonan la casa para que el padre les enseñe las perversiones de este mundo. (De vez en cuando van al Cuadrante de la Soledad, en La Merced, a observar prostitutas y alcohólicos. Con el tiempo deciden rebelarse y piden auxilio. Y en julio de 1959 la policía detiene a Pérez Hernández que protesta: "Mis hijos sólo tratan de apoderarse del capital que he logrado formar con muchos sacrificios".

Esta vez, el episodio tiene tal vigor sintomático y simbólico que borra su origen específico y se vuelve fábula urbana. (Casos similares no escasean). Aquí el tema lo es todo: un hombre, que se

* Tomado de *Los mil y un velorios*, México, Alianza Editorial / Conaculta (Alianza Cien), 1994, pp. 60-65.

concede a sí mismo dones filosóficos y proféticos, quiere evitarle a su familia (su posesión literal, sus cosas que son mujer e hijos) la contaminación de la realidad. ¿Se puede ir más lejos en el solip-sismo, en el afán de eliminar a la vez el conocimiento y el pecado? El padre-carcelero, que se declara ateo, participa del fundamen-talismo más extremo: el mundo es el hervidero que destruye la inocencia. Él, prófugo de la Contrarreforma, enseña la obediencia a través del temor, y hace del encierro la pedagogía última. Afuera, el mal amenaza con devastar su hogar amurallado; dentro, hay que tajarse a tiempo los propósitos de libertad. El Carcelero (el Padre Terrible) es la metáfora más desbordada del autoritarismo sin va-lladares. Ha aquí, en su groticidad, la caricatura del pánico moral en las grandes ciudades.

En este caso se inspiran *Los motivos del lobo* (1965), la obra teatral de Sergio Magaña y *El castillo de la pureza* (1972), la película de Arturo Ripstein con guión de José Emilio Pacheco.

Balada de los dos abuelos

El 6 de octubre de 1978, en la madrugada, son asesinados a machetazos Gilberto Flores Muñoz, de 72 años, director de la Comisión Nacional de la Industria Azucarera, y ex-secretario de Agricultura en el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines, y su esposa Asunción Izquierdo (la novelista Ana Mairena). El duelo es tumultuoso y la familia se deshace en lágrimas, encabezada por el hijo único de los muertos, Gilberto Flores Izquierdo, subdirector médico del Instituto Mexicano del Seguro Social. La investigación queda a cargo del capitán Jesús Miyazawa Álvarez, director de la Policía Judicial del D. F.

La primera certeza: la residencia es inexpugnable y el asesino no pudo ser gente ajena a los Flores. En el velorio sobresalen los gritos del nieto: "¡Que esto no se quede así! ¡Castigo para quien lo haya hecho!" Pasado el entierro, Flores Alavez le informa a Miyazawa: el día anterior paseó por la ciudad junto con su amigo Anacarsis Peralta. Al interrogársele, Anacarsis confiesa: "Acompañé a *Quiles*

(Gilberto) a comprar unos machetes que necesitaba, según él, para derribar una cabaña que ya no le servía. También compró unos limatones para afilar los machetes, aguarrás y guantes en una tlapalería, y el válíum en una farmacia... Él me dijo que todo eso lo quería porque a la hora de usar el machete, se pondría los guantes y que el válíum era porque no podía conciliar el sueño..." Lo dejó en casa de sus abuelos, en Las Palmas 1585, entre las 12 de la noche y la una de la mañana.

La escena que merecería la presencia de Hércules Poirot (en la versión de Miyazawa al periodista Francisco Pulido en *Crónicas espeluznantes*): la familia reza el rosario por el alma de los difuntos, se presenta el jefe de policía y anuncia: "Entre ustedes se halla el asesino". Y Flores Alavez responde: "Por mi parte, que desde este momento me detengan, ya que el que nada debe nada teme". Él tiene 20 años de edad, estudia con los Legionarios de Cristo en la Universidad Anáhuac y tiene aficiones místicas. Al presentársele ante la prensa declara: "Lo hice motivado por una enfermedad mental". En la confesión oscila entre la amnesia y el recuerdo preciso: "Sí le entregué a Anacarsis los guantes de color negro y el machete para que los tirara o los quemara y que no hiciera preguntas tontas, ya que después le explicaría. Todo esto lo hice para evitar que al encontrar los objetos me fueran a culpar". Más tarde se desdice y jura ser inocente.

Al caso lo rodea el clima paroxístico propio de los grandes momentos de la nota roja, y los lectores (que, por lo mismo, se consideran necesariamente expertos) quedan al tanto del repertorio: las riñas de la familia; los hábitos y las obsesiones de Gilberto, el *Quiles*; los intentos del padre y del defensor del acusado por hallar con rapidez otros "culpables"; la "ambigüedad" observada por los psicólogos de la Procuraduría del Distrito Federal en quien a los 20 años se declara virgen; la lucha por salvar a Flores Alavez de su propia confesión. El caso da origen a tres novelas: *Mitad oscura* (1982) de Luis Spota, *Los cómplices* (1983) de Luis Guillermo Piazza, y la excelente reconstrucción documental de Vicente Leñero, *Asesinato* (1985).

El filicidio y el hambre

Por desesperación, ignorancia y debilidad física y mental producto de la anemia, Elvira Luz Cruz mata a sus cuatro hijos. El relato es agobiante: el 2 de agosto de 1982, en la colonia popular Bosques del Pedregal, donde había llegado por una ocupación de terrenos, Elvira Luz Cruz, de 30 años de edad, estrangula a sus hijos Israel (de seis años), Eduardo (tres años) Marbella (dos años) y María de Jesús (dos meses de nacida). Luego intenta ahorcarse con una soga de cuerda de ixtle, pero los vecinos lo impiden golpeándola, y la entregan a la policía mientras ella grita que también quiere morir. Al principio declara: "Estoy arrepentida de lo que hice, pero al ver llorar a hijos de hambre y no tener dinero para comprarles alimento, me desesperé y por eso tomé la determinación de estrangularlos... Lamentablemente no me fui con ellos".

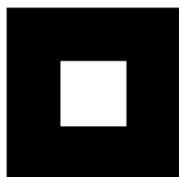
El mayor de los niños es hijo de Marcial Caballero, que abandona a Elvira en cuanto se embaraza; los tres restantes son hijos de su unión libre con Nicolás Soto Cruz, albañil. Soto Cruz la lleva a casa de su madre, Eduarda Cruz Cortés, donde ambos golpean con frecuencia a Elvira, que lava ropa ajena y cocina y vende pastelitos. Los pleitos arrecian, Elvira no consigue trabajo, Nicolás se desentiende de la suerte de los niños y el día del crimen una vecina no le presta los 50 pesos que ella requería para darle de comer a sus hijos...

Una pregunta inevitable, en rigor el eje del proceso: ¿hasta qué punto es responsable de sus actos una persona abandonada, sin recursos ni capacidad específica, enloquecida por los malos tratos, la indiferencia y la imposibilidad de alimentar a los suyos? Según la información judicial, Elvira no es inocente; según la relación de los hechos, Elvira no es culpable. La atroz indefensión de la acusada conmueve a la opinión pública y muy en especial a grupos feministas. ¿Cómo detener en las clases populares la violencia contra los niños que con tanta frecuencia culmina en el asesinato, sin erradicar la miseria extrema y sin intensificar el

proceso educativo? ¿Cómo evitar que el machismo proveniente de la pobreza y de la costumbre se sacie y se reproduzca en la esfera doméstica? El tema, esencial en el análisis de los resultados de la miseria, desemboca en dos filmes excelentes: *Elvira Luz Cruz: pena máxima*, de Dana Rothberg, y un docudrama, *Los motivos de la luz*, de Felipe Cazals.

El 9 de julio de 1993 Elvira Luz Cruz queda libre.





Aforismos de lo políticamente correcto*

Carlos Monsiváis

- No preguntes qué puede hacer tu patria por ti, eso es egoísta; pregúntate por lo que queda todavía en la patria que pueda ser tuyo.
- Para que ningún escándalo perjudique tu carrera política, es necesario que desde el principio evites las mentiras y te concentres en los desmentidos.
- Recuérdalo y extrae conclusiones: la mala fama duerme, el bien produce insomnio.
- Si les molesta tanto la corrupción, ¿por qué no le ponen otro nombre? Muerto el término se acabó la indignación moral.
- Sí que hay coexistencia pacífica: en 2006 se celebran el bicentenario de don Benito Juárez y el tricentenario de Miguel Miramón.
- En los individuos como entre las naciones el respeto al derecho ajeno es una pérdida de tiempo.
- Impunidad no es que un político o un empresario o un clérigo hagan lo que les da la gana; impunidad es que se multipliquen las denuncias y las protestas y al cabo de todas ellas

* En *Proceso*, número 1561, 1 de octubre de 2006, México, p. 22.

se demuestre que no pasa nada si un poderoso hace lo que le da la gana.

- La dignidad moral es un sentimiento claramente innegociable; lo que se negocia es el sitio que ocupa en la jerarquía del comportamiento.
- En la clase política todos reconocen de inmediato a un analfabeta funcional; lo que sí queda un tanto a oscuras es cómo se reconoce a un alfabetizado.
- Al ver la suerte maravillosa de los poderosos, surge la duda agnóstica: ¿ellos manipulan a Dios o Dios quiera quedar bien con ellos?
- Está de moda criticar a la izquierda, estuvo de moda criticar a la izquierda, estará de moda criticar a la izquierda. ¿Qué no entiende la izquierda que si no está de moda no necesita ideólogos, sino asesores de imagen?
- Populista es aquél que le promete todo a la gente desde un templete o un balcón; aristócrata democrático es aquél que le promete todo a la gente mientras contempla el retrato de su abuelo en la pared.
- Una definición de trabajo en la clase política: la parodia de lo inexistente.
- Derechista: aquél que le da consejos a la izquierda para que no desaparezca.
- No todos los que resucitan habían muerto antes.
- Izquierdista: el convencido de que enemigo de clase es aquél que comparte las mismas ideas en la misma organización.

- Derechista: el persuadido de que el pecado es la tapadera de la subversión.
- La gran ventaja de las encuestas: nos ayudan a prescindir definitivamente de los argumentos.



▣ **Juan Villoro**

Nació en la Ciudad de México en 1956. Estudió la licenciatura en sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Trabajó como agregado cultural en la Embajada de México en Berlín, dentro de la entonces República Democrática Alemana, de 1981 a 1984. Fue director del suplemento *La Jornada Semanal* de 1995 a 1998. Ha colaborado en las revistas *Cambio*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Universidad de México*, *Crisis*, *La Orquesta*, *La Palabra y el Hombre*, *Nexos*, *Vuelta*, *Siempre!*, *Proceso* y *Pauta*. De 1976 a 1977 fue becario del INBA en el área de narrativa y del Sistema Nacional de Creadores Artísticos de 1994 a 1996.

Entre sus obras más representativas encontramos las de cuentos: *El mariscal de campo* (1978), *La noche navegable* (1980), *El cielo inferior* (1984), *Albercas* (1985 y 1996), *Tiempo transcurrido* (1986), *La alcoba dormida* (1992), *La casa pierde* (1999); de crónica: *Palmeras de la brisa rápida, un viaje a Yucatán* (1989 y 2000); de ensayo: *Los once de la tribu* (1995), *Efectos personales* (2000); de novela: *El disparo de argón* (1991), *Materia dispuesta* (1997); de relatos infantiles: *Las golosinas secretas* (1985) y *El profesor Zíper y la fabulosa guitarra eléctrica* (1992). En 1999 obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia por su libro de cuentos *La casa pierde*; el Premio Cuauhtémoc de traducción en 1988, el Premio Mazatlán por su libro de ensayos *Efectos personales* (2001) y el Premio Herralde de Novela por *El testigo* (2004).

▣ **Juan Felipe Cobián Esquivel**

Tapatío nacido en 1979, es profesor, corrector de estilo y licenciado en letras hispánicas. Ha publicado en *El Periódico de Jalisco*, *Reverso* y *Proceso Jalisco*. Actualmente labora en la Unidad Editorial y de Fomento a la Lectura y la Escritura del Sistema de Educación Media Superior y como maestro de lengua española en la Escuela Preparatoria 9.

▣ **Luis Alberto Pérez Amezcua**

Nació en Guadalajara en 1975. Es licenciado en letras hispánicas y cursa el tercer semestre de la maestría en estudios de la literatura mexicana en la Universidad de Guadalajara. Es editor y corrector de estilo. Durante 2001 y 2002 colaboró en el suplemento dominical Tapatío Cultural, del diario *El Informador*, con diversos artículos literarios y culturales. Actualmente se desempeña como jefe de la Unidad Editorial y de Fomento a la Lectura y la Escritura de la Coordinación de Difusión y Extensión del Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara.

Otros títulos de esta colección

